

han cansado en vano: Voltaire y Lavolsier han querido morder aquella redoma, y como la serpiente de la fábula, han gastado en ella sus dientes.

Ahora bien, ¿es ese un secreto guardado por los canónigos del Tesoro y conservado de generacion en generacion, desde el siglo iv hasta nuestros dias?

Es posible; pero en este caso es preciso convenir en que es mas maravillosa todavía que el milagro mismo.

Prefiero, pues, creer sencillamente en el milagro; y por mi parte declaro que creo en él.

Por la noche toda la ciudad estaba iluminada y se bailaba en las calles.

XXII

SAN ANTONIO USURPADOR

¿Podrá creerse despues de la popularidad de San Genaro que acabamos de referir, que como un simple rey de carne y hueso, como un Estuardo ó como un Borbon, llegó un dia en que San Genaro fuese destronado?

Preciso es añadir que fué en 99, época del destronamiento general lo mismo en la tierra que en el cielo; verdad es, que era durante ese estraño período en que el mismo Dios, lanzado de su paraiso, necesitó para poder aparecer en Francia bajo el titulo del Ser Supremo, de un permiso de la Convencion nacional firmado por Maximiliano Robespierre.

Los que duden de ello podrán, al pasar por la calle del Roule, dirigir una mirada al frontispicio de la iglesia de

San Felipe; todavía leerán en él esta inscripción mal borrada :

« El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. »

Así, pues, en 1799, como decíamos, y en el sexto siglo del patronato de San Genaro, reinando los señores Barrás, Rewbel, Gobier y otros en Francia, bajo el nombre de directores, fué cuando esto sucedió.

Hé aquí con qué motivo.

El 23 de Enero de 1799, despues de una defensa de tres dias, durante los que los lazzaroni armados únicamente de piedras y palos habian hecho frente á las mejores tropas del ejército de la república, Nápoles se rindió á Championet, y gracias á una alocucion que el general en gefe habia dirigido á los napolitanos en su propio idioma, y por el que les habia probado que todo lo que pasaba era efecto de una mala inteligencia, el ejército republicano hizo su entrada en la ciudad gritando : ¡ viva San Genaro ! mientras que por su parte, los lazzaroni gritaban : ¡ vivan los franceses !

Durante la noche se dió sepultura á cuatro mil víctimas de aquella mala inteligencia, y todo concluyó.

Sin embargo, como se concibe bien, aquella entrada, por mas fraternal que hubiese sido produjo un cambio notable en los negocios del gobierno ; vencía el partido republicano : dedicóse, pues, á establecer una república, la cual tomó el nombre de república partenopea.

El dia que fué proclamada hubo un gran banquete dado por el general Championet á los miembros del nuevo gobierno en el antiguo palacio del rey, convertido en palacio nacional.

Este banquete regocijó mucho á los lazzaroni, los cuales vieron comer á sus representantes, y aseguraron que los liberales no eran antropófagos como se les habia dicho.

Al dia siguiente, el general Championet acompañado de

todo su estado mayor, se trasladó con gran pompa á la catedral de Santa Clara para dar gracias á Dios por el restablecimiento de la paz, adorar la reliquia de San Genaro, é implorar su proteccion para la ciudad de Nápoles, á pesar de su cambio de gobierno.

Esta ceremonia, á que asistió tanta gente cuanta podia contener la iglesia, agradó sobremanera á los lazzaroni, los cuales reconocieron, visto el silencio del santo y la devocion del general, y su estado mayor, que los franceses no eran hereges como se les habia asegurado.

A los dos dias se plantaron árboles de la libertad en todas las plazas de Nápoles, al sonido de la música militar francesa, y de la música civil napolitana.

Este ensayo de horticultura champiomiana elevó al mas alto grado el entusiasmo de los lazzaroni, que aman la música y adoran la sombra.

Comenzaron entonces eso que se llaman las reformas ; esta fué la piedra de escándalo de la nueva república.

Aboliéronse los derechos sobre el vino, y el pueblo dejó obrar sin decir nada.

Aboliéronse los derechos sobre el tabaco, y todavía el pueblo toleró aquella abolicion.

Aboliéronse los derechos sobre la sal, y el pueblo comenzó á murmurar

Aboliéronse los derechos sobre el pescado, y el pueblo gritó mas alto.

En fin, abolióse el título de esclencia, y el pueblo se incomodó en gran manera.

Bueno y excelente pueblo, que miraba cada abolicion de impuestos como un nuevo ultrage hecho á sus deberes, y que no obstante, no se sublevó realmente sino cuando se abolió el título de esclencia, que como él mismo decia, nada habia hecho contra el nuevo gobierno.

Desgraciadamente el nuevo gobierno para nada tuvo en

cuenta las reclamaciones de los lazzaroni, y continuó sus reformas orgulloso y fuerte con el apoyo del ejército francés.

Pero este apoyo, como se comprende bien, reveló á los napolitanos que habia connivencia entre el ejército francés y el gobierno que les oprimia arrebatándoles unos despues de otros sus antiguos y sagrados impuestos. Desde entonces los franceses, combatidos primero como hereges, recibidos despues como libertadores, festejados luego como hermanos, fueron mirados como enemigos, y comenzó á esparcirse el rumor desde el castillo dell'Ovo á Cappel-di-Monte, y desde el puente de la Magdalena hasta la ruta de Pouzzoles, de que San Genaro, para castigar á la ciudad de Nápoles por la confianza que habia tenido en ellos, no haria su milagro el primer domingo del mes de Mayo, como tenia costumbre de hacerlo en dicho dia hace catorce siglos.

Esta terrible noticia causó gran sensacion; todos al encontrarse se preguntaban: — ¿Habeis oido decir que San Genaro no hará este año su milagro? La respuesta era: — Lo he oido decir; y los interlocutores movian la cabeza mirando al cielo y suspirando, y se separaban murmurando:

— ¡La culpa es de esos tunantes franceses!

Pronto comenzó á notarse faltas en las filas á la hora de la lista. Refiriéronle el hecho al general Championet quien no dudó ni un momento hubiesen sido arrojados al mar los ausentes.

Algunos dias antes del en que debia verificarse el milagro se hallaron tres soldados muertos: uno en la calle Porta Capuana, el segundo en la de San José, y el tercero en la plaza del Mercado Nuevo.

Uno de ellos tenia todavia en el pecho metido el puñal que le habia muerto y en el mango del puñal atada esta inscripcion.

« Mueran asi todos esos hereges franceses que son causa de que San Genaro no haga su milagro! »

Vió entonces el general Championet que era muy importante para su salvacion y la del ejército que el milagro se verificase.

Decidió, pues, que de un modo ú otro se verificaria el milagro.

A medida que se aproximaba el primer domingo de Mayo, las demostraciones eran cada vez mas hostiles y las amenazas mas descubiertas.

Llegó la vispera del gran dia: tuvo lugar la procesion como de costumbre; solo que en lugar de desfilar entre dos líneas de soldados napolitanos, desfiló entre una hilera de granaderos franceses y otra de tropas indígenas.

Toda la noche anduvieron patrullas, mitad de soldados de la república partenopea, y mitad de los de la república francesa. Habia para las dos naciones una misma palabra de seña franco-italiana.

Por la noche tocaron algunas campanas aisladamente; pero en lugar de ese alegre repique que les es habitual, lanzaron al aire lúgubre clamoreo. Aquel doblar recordó al general Championet el de las visperas sicilianas; y prometió no dejarse sorprender como lo habia hecho Carlos de Anjou.

Por la mañana todo el mundo se dirigió á la iglesia de Santa Clara con sombrío silencio. Era un contraste demasiado notable con el carácter napolitano para que no fuese observado. El general mandó estar á todos los soldados en los cuarteles; á escepcion de los hombres de servicio, dándoles orden de estar dispuestos á la primera llamada.

Pasó la mayor parte del dia sombrío y amenazador; sin embargo, como ordinariamente no se verificaba el milagro sino de tres á seis de la tarde, hasta esa hora nada hubo

que decir; pero llegada aquella hora volvieron á comenzar las voces; solo que en aquella ocasion en vez de dirigirse al santo, amenazaban á los franceses. Como el general asistía á la ceremonia con su estado mayor, y entendia perfectamente el lenguaje del pueblo napolitano, no perdió ni una palabra de las amenazas que se le hacian.

A las seis se cambiaron las voces en rugidos, los brazos comenzaron á salir de debajo de las capas y los puñales de los bolsillos. Brazos y puñales se dirigian hácia el general y su estado mayor, quienes permanecian tan impasibles como si nada hubiesen comprendido ó como si nada tuvieran que ver con ello.

A las ocho subieron los rugidos de punto hasta no poderse entender; los de la calle respondian á los de la iglesia; los granaderos miraban al general para ver si tambien ellos calarian la bayoneta; el general estaba impasible.

A las ocho y media, como el tumulto aumentaba, el general se inclinó hácia un ayudante de campo y le dijo algunas palabras al oido. El ayudante de campo bajó del tablado, atravesó la doble hilera de soldados franceses y napolitanos que conducia al coro, se mezcló á la multitud de los fieles que se oprimian para ir á besar la redoma, llegó á la barandilla, se puso de rodillas y esperó su vez.

Al cabo de cinco minutos el canónigo cogió del altar la redoma que contenia la sangre completamente coagulada, lo cual era, siendo ya tan tarde, una gran prueba de la cólera de San Genaro contra los franceses; la elevó para que nadie dudase del estado en que se encontraba, y en seguida empezó á darla á besar.

Quando llegó delante del ayudante de campo, este al mismo tiempo que besaba la redoma le cogió la mano. El canónigo hizo un movimiento.

— Una palabra, padre mio, dijo el jóven oficial.

— ¿Qué me quereis? preguntó el sacerdote.

— Quiero decir de parte del general en jefe, replicó el ayudante de campo, que si no se verifica el milagro dentro de diez minutos sereis fusilado de aqui á un cuarto de hora.

El canónigo dejó caer la redoma, que el jóven ayudante de campo, cogió felizmente antes que hubiese llegado al suelo, devolviéndola al punto con muestras de la mas profunda devocion; en seguida se levantó y se volvió á su sitio junto al general.

— ¿Y bien! dijo Championet.

— ¡Y bien dijo el ayudante de campo, estad tranquilo, general, dentro de diez minutos se verificará el milagro.

El ayudante de campo habia dicho la verdad, solo que se habia engañado en cinco minutos. Al cabo de cinco minutos levantó el canónigo la redoma, exclamando:

— *Il miracolo é fatto.* La sangre estaba en completa licuefaccion.

Pero en lugar de los gritos de alegría y los trasportes de júbilo que acogian ordinariamente aquella hora solemne, toda aquella multitud, frustrada su esperanza, fué pasando con sombrío silencio: la promesa hecha á nombre de San Genaro no se habia cumplido; á pesar de la presencia de los franceses el milagro se habia verificado. San Genaro no los miraba, pues, como enemigos; era cosa de no comprenderse; y como ni el general revelaron por el momento la corta conversacion que entre ellos habia mediado por órgano del jóven ayudante de campo, nadie comprendió efectivamente aquello.

Resultó de aqui que recayeron sospechas de mal género: sobre San Genaro le acusaron en secreto de haberse dejado seducir por palabras halagüeñas, y haber cambiado suavemente en sentido republicano.

Este rumor fué el primer golpe dado al poder espiritual y temporal de San Genaro.

Dijimos ya en otra parte como continuaron los acontecimientos de un modo muy distinto del que se esperaba. Batidos los franceses en la Italia Occidental, llamaron las tropas que ocupaban á Nápoles; el general Macdonald, que habia reemplazado al general Championet, evacuó la capital, dejando la república partenopea entregada á sí misma. Tres meses despues no existia ya la pobre república.

Hubo entonces una terrible reaccion contra todo lo que habia sucumbido á la influencia del partido francés. Hemos referido ya los suplicios de Caracciolo, de Héctor Caraffa, de Cirillo y de Leonor Pimentel; durante dos meses Nápoles fué una inmensa hoguera. Aquellos que tengan ánimo bastante, hojeen á Coletta y den con él un paseo por aquel espantoso osario.

Sin embargo, cuando los lazzaroni hubieron muerto ó proscrito á todos, forzoso les fué detenerse. Miraron entonces por todas partes para ver si habian olvidado alguien antes de quitar los instrumentos de tortura, desarmar los patibulos y apagar las hogueras. Todo estaba mudo y desierto como una tumba; no habia mas que verdugos en las plazas, espectadores en las ventanas, mas ya no quedaban víctimas.

Hubo alguno que pensó entonces en San Genaro, el cual habia hecho su milagro de un modo tan anti-nacional, y sobre todo, tan inesperado.

Pero San Genaro no era uno de esos poderes de un dia, á los cuales se ataca sin inquietarse por las consecuencias: San Genaro habia visto pasar los griegos, los godos, los sarracenos, los suavos, los angevinos, los españoles, los vireyes y los reyes, y San Genaro habia quedado siempre en pié; de modo que el primero que formuló su acusacion contra San Genaro, lo hizo en voz muy baja y casi temblando.

Pero precisamente por aquella prolongada popularidad,

tenia San Genaro muchos mas enemigos que los que se le conocian. Por bienhechor, por poderoso, por atento que fuese, le habia sido imposible en medio del coro de peticiones que continuamente llega hasta él, dar oidos y contentar á todo el mundo; habiase, pues, creado, sin saberlo él mismo, una multitud de descontentos que no se atrevian á decir nada mientras se creian solos, pero que se unieron inmediatamente al primer acusador que levantó la voz; resultó de aquí que este, contra lo que él mismo esperaba, obtuvo un éxito increíble.

Desde el momento en que no hicieron pedazos al acusador, le elevaron sobre el pavés: inmediatamente hicieron todos coro; ya no hubo ni el mas insignificante lazzaroni que no formulase su acusacion. San Genaro, sobre quien habian recaido primero sospechas de indiferencia, fué bien pronto acusado de traicion; llamósele liberal, revolucionario, jacobino. Corrieron á la capilla del Tesoro, que saquearon ante todo; luego cogieron la estatua del santo, la ataron una cuerda al cuello, la arrastraron por el muelle y la arrojaron al mar.

Algunas voces se elevaron entre los pecadores, protestando contra aquella ejecucion que olia á 2 de setiembre desde una legua; pero aquellas voces fueron cubiertas por los gritos del populacho que esclamaba: *¡ Abajo San Genaro! ¡ San Genaro al mar!*

Sufrió, pues, San Genaro por segunda vez el martirio, y fué arrojado á las olas; verdad es que ahora era ejecutado en efígie.

Pero no bien San Genaro fué arrojado al mar, se encontró la ciudad de Nápoles sin patron, y acostumbrada como estaba á una proteccion milagrosa, sintió de un modo muy deplorable el aislamiento en que se hallaba.

Su primera intencion, su intencion natural fué, recurrir á uno de los setenta y cinco patronos secundarios y transmitirle la supervivencia de San Genaro.

Desgraciadamente no era cosa fácil de hacerse; los santos superiores estaban ocupados en otra parte: San Pedro tenia Roma, San Pablo Lóndres, San Francisco Asís, San Carlos Borromeo Arona; cada uno, en fin, tenia su ciudad á que siempre habia protegido como San Genaro habia protegido á Nápoles, y no habia que esperar por mas esperanza de mejora que le diese aquel nuevo nombramiento, que abandonase su pueblo por un pueblo nuevo. Por otra parte, dividiendo su patronato, era de temer que el santo tuviese mas obra que la que podia hacer, y que abarcase mal por abrazar demasiado. Verdad es que quedaban las santas, las cuales, gracias á la institucion casi general de la ley Sálica, disponen de mas tiempo que los santos; pero seria dar á San Genaro un sucesor muy pobre heredando su patronato una mujer; y los napolitanos eran demasiado orgullosos para abandonar de ese modo á la ruca el patronato de la ciudad.

Entretanto se tramaban toda clase de intrigas: cada uno presentaba su santo, exageraba sus méritos, duplicaba sus cualidades, se comprometia por él, y á nombre suyo respondia de su buena voluntad; no hubo ninguno, hasta san Cayetano, que no tuviese sus panegiristas. Pero comprendese que era un malísimo antecedente para este santo haberse dejado robar y no haber hecho le volviesen á encontrar. Así que San Cayetano ni por un momento tuvo probabilidad alguna, y únicamente se le citó como por memoria.

Resolvieron reunir un cónclave en el que se examinaran los méritos de los pretendientes, y del que saldria elegido el mas digno. Proclamáronse los nombres de los setenta y cinco santos; despues de cada proclamacion, todo el que quiso estuvo en libertad de levantarse y decir en favor del último nombrado lo que tuviese á bien; decidióse la completa libertad del voto; y para que estos votos fuesen

esencialmente libres, se decretó que la votacion seria secreta.

Al tercer dia de escrutinio resultó elegido San Antonio. Lo que habia influido mas á favor de San Antonio, era el ser abogado del fuego.

Ahora bien, como Nápoles está incesantemente amenazada de perecer como Sodoma y Gomorra, de combustion instantánea, veia una cierta seguridad en la eleccion de un patron que tenia muy especialmente bajo su dependencia el elemento mortal y temible.

Pero Nápoles no habia pensado en una cosa, y es que hay fuegos de fuegos, como hay hogueras de hogueras. San Antonio era el patron del fuego causado por accidente, por inadvertencia ó por descuido. Era soberano contra todo incendio que reconocia por origen una causa humana; pero San Antonio no podia nada contra el fuego del cielo ni contra el fuego de la tierra; San Antonio era impotente contra el rayo y contra la lava, contra las tormentas y los volcanes. Aparte del cuidado con que hasta allí se habia guardado, San Antonio no era, pues, para Nápoles un patron mucho mas superior que San Cayetano.

San Antonio no dejó por eso de ser proclamado patron de Nápoles en medio del universal regocijo. Hubo bailes, fiestas, combates sobre el agua, distribuciones gratis, espectáculos al aire libre y fuegos artificiales, de modo que San Antonio se creyó tan sólidamente consolidado en su puesto, como lo habian estado sucesivamente los veinte y tres emperadores romanos sucesores de Cárlo-Magno ó los doscientos cincuenta y siete papas sucesores de San Pedro.

San Antonio contaba sin el Vesubio.

Seis meses pasaron sin que acaeciese suceso alguno que atentase á la popularidad del nuevo patrono: dos ó tres incendios habian sucedido en la ciudad, los que se habian cortado milagrosamente tan solo con la presencia de la

urna del santo: de modo que no solo empezaban á olvidar á San Genaro, sino que aun hubo cortesanos del nuevo poder, que proponian derribar la efigie del ex-patron de Nápoles, que sin duda por olvido se habia dejado en pié á la cabeza del *Ponte de la Macdalena*.

Felizmente la exasperacion habia calmado, y aquella proposicion de venganza retroactiva no tuvo resultado.

Todo parecia marchar perfectisimamente cuando el dia menos pensado se vió espesar sensiblemente el humo del Vesubio y que subia hasta el cielo con una violencia y rapidez extraordinarias. Al mismo tiempo empezaron á oirse ruidos subterráneos; los perros aullaban cual si se lamentaran, y numerosas bandadas de pajarillos asustados revoloteaban por el aire, descendiendo por un instante, volviendo á emprender su vuelo al punto, como si temiesen descansar sobre una cosa que tenia su raiz en la tierra; la mar por su parte presentaba fenómenos particulares espantosos tambien, del azul de lapis-lázuli que le es habitual bajo el hermoso cielo de Nápoles, habia pasado á un color de ceniza que le quitaba toda su transparencia, y aunque tranquila en apariencia, aunque ningun viento la agitaba, gruesas olas aisladas se elevaban hirviendo, elevándose sobre la superficie esparciendo un olor muy fuerte de azufre. Alguna vez tambien, como si hubiese en el Mediterráneo una marca semejante á la que agita el viejo Océano, avanzaba el flujo por su costa, luego de repente retrocedia dejando seca la playa, para volver al punto cuando se habia alejado. Eran demasiado conocidos estos presagios para que se dudara un solo instante de lo que amenazaban: una erupcion del Vesubio era imminente.

En cualquiera otra ocasion se hubiera cuidado de eso Nápoles como de Cascaciruelas; pero en el momento del peligro, se acordó de que no tenia ya San Genaro, que durante catorce siglos la habia librado tan perfectamente de

su terrible vecino, que por mas que el Vesubio tuviese por conveniente arrojar llamas y lava, la indolente hija de Parténope habia continuado mirándose en su golfo como si nada fuera con ella absolutamente. En efecto, la Sicilia habia sufrido un gran trastorno, la Calabria habia sido destruida: Resina y Torre del Greco reedificadas la una siete veces y la otra nueve, habianse fundido otras tantas en un torrente de lava, sin que jamás ni una sola de las casas encerradas en el recinto de las murallas de Nápoles, se hubiese siquiera conmovido. Así que habia llegado la confianza hasta el punto de que los napolitanos no miraban al Vesubio mas que como una especie de faro á cuya luz veian el trastorno del resto del mundo, sin que tuviesen ellos el temor de padecer en su ruina. Pero en esta ocasion un vago instinto de alguna desgracia les decia que ya no seria como antes. Con la ausencia de San Genaro habia desaparecido toda seguridad: el pacto estaba roto entre la ciudad y la montaña.

Así contra lo acostumbrado, á la vista de las amenazadoras señales, se esparció por la ciudad algun pánico. En vez de acostarse al arrullo de los rugidos de la montaña, los nobles y la clase media en sus camas, los pescadores en sus barcas, los lazzaroni en las escaleras de los palacios, todos permanecieron en pié y examinando con inquietud el parto nocturno del volcan. Presentaba este un espectáculo magnífico y terrible á la vez, por que á cada momento se hacian los presagios mas ciertos y el peligro mas inminente. En efecto, de minuto en minuto ascendia el humo mas espeso, y de vez en cuando largas serpientes de llamas, semejantes al rayo, saltaba de la boca del cráter, dibujándose en la sombría espiral que parecia sostener el peso del cielo. En fin, como á las dos de la madrugada, se oyó una terrible detonacion; la tierra osciló, el mar se encrespó, y la cima del monte, abriéndose como una granada muy madura, dió paso á una lluvia de ardiente lava que

incierta un instante de la direccion que debia tomar, se detuvo espumosa sobre una plataforma; despues, como si hubiese sido conducida por una mano vengadora, abandonó su acostumbrado curso y avanzó directamente hácia Nápoles.

No habia tiempo que perder: una vez tomada su direccion, la lava avanza con lenta pero impasible inflexibilidad; nada la desvía, nada la domina, nada la detiene; seca los rios; inunda los valles; se eleva sobre las colinas, rodea las casas, las corta por su base, las arrastra como islas flotantes, y las sostiene en su superficie hasta que sumergen en sus olas. A su aproximacion, se seca la yerba, las hojas mueren, se tornan amarillas y caen; la savia de los árboles se evapora; la corteza salta y se levanta; el tronco humea y da chasquidos, todavía está la lava á veinte pasos de él, y ya se tuerce, se inflama, semejante á esos árboles que se preparan para las fiestas públicas; de tal modo que cuando llega á él la lava, el gigante herido del rayo, no es ya mas que una columna de ceniza que cae hecha polvo, que desaparece como si jamás hubiese existido.

La lava avanzaba hácia Nápoles.

Acudieron todos presurosos á la capilla del Tesoro; sacaron la estatua de San Antonio; seis canónigos la tomaron sobre sus hombros, y seguidos de una parte de la poblacion, se dirigieron hácia el sitio en donde amenazaba el peligro.

Pero no era aquel uno de esos incendios sin consecuencias, sobre los que no tenia mas que dar un soplo San Antonio para apagarlos; era un mar de fuego que iba avanzando, rodando de roca en roca, en una longitud de tres cuartos de legua. Llevaron los canónigos el santo lo mas próximo al fuego que les fué posible, y allí entonaron el *Dies iræ, dies illa*. Mas á pesar de la presencia del santo, á pesar del canto de los canónigos, la lava continuó avanzando. Permanecieron allí los canónigos mientras pudie-

ron, y hubo un momento en que creyeron que el fuego quedaba vencido. Pero no era mas que una equivocada alegría: San Antonio se vió obligado á retroceder.

Desde este momento comprendieron que todo estaba perdido. Si el patron de Nápoles no podia hacer nada por Nápoles, ¿qué santo tendria poder para salvarla? Nápoles, la ciudad de las delicias; Nápoles, la casa de campo de Roma desde el tiempo de Augusto; Nápoles, la reina del Mediterráneo en todos tiempos; Nápoles iba á ser sepultada como Herculano y desaparecer como Pompeya. Todavía la quedaban dos horas de vida, luego todo concluía: ¡Nápoles habia existido!

Continuaba amenazando la lava; por un lado habia llegado al camino de Pörtici, y empezaba á sumergirse en el mar; habia pasado por el otro lado del Sebetus y empezaba á estenderse por los jardines. El centro bajaba en direccion recta á la iglesia de Santa María de las Gracias, y pronto iba á llegar al puente de la Magdalena.

De repente la estatua de mármol de San Genaro que estaba á la cabeza del puente con las manos juntas, separa su mano derecha de la izquierda, y con una actitud magestuosa é imperativa, estiende su marmóreo brazo hácia el rio de llamas. Ciérrase al punto el volcan; cesa inmediatamente la tierra de estremecerse; el mar se calma en el mismo instante. Luego la lava, despues de avanzar todavía algunos pasos, agotándose el manantial que la alimentaba, se detiene repentinamente á su vez. San Genaro acababa de decirle, como en otro tiempo Dios al Océano:

— ¡No irás mas allá!

¡Nápoles se habia salvado!

La habia salvado su antiguo patron, aquel á quien habia aullado, silbado, destronado, arrojado al mar, que se vengaba de todas esas humillaciones, de todos aquellos

insultos, de todas aquellas injurias, como Jesucristo se habia vengado de sus verdugos, perdonándolos.

No hay para qué decir si fué rápida la reaccion: al punto los gritos de ¡viva San Genaro! resonaron de un extremo á otro de la ciudad; todas las campanas se echaron á vuelo, todas las iglesias entonaron himnos; corrieron al sitio en donde se habia arrojado la estatua al mar; le llamaron de redes, y se llamaron á los mejores buzos para que reconociesen el sitio donde yacia la preciosa efigie. Pero entonces un anciano pescador hizo señal de que le siguiesen. Condujo aquella multitud á su cabaña; en seguida, habiendo entrado solo en ella, salió un momento despues, llevando en sus brazos la estatua del santo.

La misma noche en que fué precipitada desde lo alto del muelle, la habia sacado del mar y la habia llevado á su casa como un objeto preciosísimo.

La estatua fué al punto trasladada á la catedral de Santa Clara, y al dia siguiente reinstalada con gran pompa en la capilla del Tesoro.

En cuanto al pobre San Antonio, fué degradado de todos sus titulos y honores y desde áquel momento, clasificado por los napolitanos un grado mas inferior que San Cayetano.

Desde aquel dia, la devocion á San Genaro, lejos de disminuir, ha ido cada vez mas en aumento.

He oido en una iglesia la plegaria de un lazzaroni: pedia á Dios suplicase á San Genaro le hiciese ganar á la loteria.

XXIII

EL CAPUCHINO DE RESINA

El Vesubio, de que todavía nos hemos ocupado muy poco, pero del que volveremos á hablar mas adelante, es el término medio entre el Etna y el Stromboli.

Podria, pues, con toda tranquilidad de conciencia remitir á mis lectores á las descripciones que he dado ya de los otros dos volcanes.

Pero en la naturaleza como en el arte, en la obra de Dios como en el trabajo del hombre, en el volcan como en el drama, al lado del mérito intrinseco está la reputacion.

Aunque los verdaderos estrenos del Vesubio en su carrera volcánica datan apenas del año 79, es decir, de una época en que el Etna era ya viejo, se ha ejercitado